

**Sami Nair**

# Acompañando a Simone de Beauvoir

Mujeres, hombres, igualdad



**Galaxia Gutenberg**

# ACOMPañANDO A SIMONE DE BEAUVOIR

SAMI NAİR



© Getty Images

## SAMI NAÏR

Es filósofo y catedrático de Ciencias Políticas. Ha sido miembro del comité de redacción de *Les Temps Modernes*, con Simone de Beauvoir. Colaborador regular de varios diarios, es columnista de *El País*. Entre sus libros en castellano, destacan: *Y vendrán: Las migraciones en tiempos hostiles* (Bronce Planeta, 2006); *La Europa mestiza. Inmigración, ciudadanía, codesarrollo* (Galaxia Gutenberg, 2010), *La lección tunecina* (Premio internacional de ensayo político Terenci Moix), (Galaxia Gutenberg, 2011) y *Refugiados* (Crítica, 2016).

Traducción del francés: Inés Clavero Hernández y Sami Nair

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: octubre de 2019

© Sami Nair, 2019  
© de la traducción del prólogo y los capítulos 1 a 10 y 17:  
Inés Clavero, 2019  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019  
Imagen de portada:  
Simone de Beauvoir el 1 de enero de 1955  
© Hulton Archives/Getty Images, 2019

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN: 978-84-17971-41-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## TRADUCCIÓN Y AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer su excelente trabajo a Inés Clavero, que ha traducido del francés al castellano el prólogo y los capítulos 1 a 10 y el 17. Los restantes los he escrito directamente en castellano, con la ayuda de Esther Pomares, a quien quiero agradecer aquí por haberlos mejorado con tanta perspicacia y finura; también quiero expresar mis agradecimientos a Ada del Moral por su inestimable apoyo a la hora de releer -¡escrutar!- y corregir todo el libro con loable paciencia y rigurosa profesionalidad. También van mis agradecimientos a Lidia Rey, de la editorial Galaxia Gutenberg, que se empleó a fondo en la siempre difícil tarea de mantener este libro dentro de los plazos requeridos; a Teresa Lozano, correctora de la editorial por su dedicación; y a Joan Tarrida, mi editor de siempre, cuya solidaridad nunca se ha temperado. Por fin, mis agradecimientos a Sylvie Le Bon de Beauvoir que ha emprendido un trabajo muy honorable de preservación y de publicación de la obra de su madre adoptiva. Por supuesto, lo dicho y escrito en este libro solo me compromete a mí.

## PRÓLOGO

Este libro en absoluto pretende ser una biografía intelectual ni un análisis sistemático de la obra de Simone de Beauvoir. Lo definiría, más bien, como una propedéutica que permite hacerse una idea general, no esquemática, de su vida, su obra y su acción. Mi propósito es incitar a leer las novelas, las memorias, los textos filosóficos y los ensayos polémicos que Simone de Beauvoir escribió entre las décadas de 1930 y 1980, testimonio excepcional de su época, tan rica en sueños de emancipación y tragedias, y de la actividad creadora de la que fuera la teórica pionera del feminismo moderno. He dejado deliberadamente de lado toda una dimensión de la obra y la vida privada de Simone de Beauvoir: el relato de sus relaciones «contingentes» y de sus amores con otras personas, además de Sartre, su papel crucial como directora de una revista, su nutrido epistolario que, por sí solo, merecería un estudio particular o, por fin, la narración de sus múltiples viajes, aunque todo esto se refleja en este trabajo. He preferido poner de relieve los ejes fundamentales de su visión del mundo y subrayar algunos temas significativos de su pensamiento crítico y polémico. Faltaría, asimismo, a la honradez si no recalcará, de entrada, que mi mirada está inevitablemente influenciada por el hecho de haber trabajado con ella en la revista *Les Temps Modernes*, que dirigía tras la desaparición de Jean-Paul Sartre en 1979. Esta colaboración me brindó la oportunidad de compartir una experiencia dichosa e inolvidable. Me atrevo a creer, no obstante, que esa proximidad en nada empaña mi objetividad, aunque solo sea porque, consciente de ella, me esfuerzo en mantenerla a raya.

## 1

## EVOCACIÓN

Todo había sido muy rápido. Y tan repentino. Ahora, en compañía de Sylvie, su hija adoptiva, Claude Lanzmann, Claire Etcherelli, amiga y secretaria de *Les Temps Modernes*, Jean Pouillon, fiel compañero de toda la vida, Robert Gallimard y Jacques-Laurent Bost, estaba ahí plantado, con un nudo en la garganta. Dios mío, ¿qué dolor iguala al de enfrentarse a la muerte? Uno piensa haber experimentado ya ese sofoco, cree conocerlo, pero es una trampa: siempre es la primera vez. Simone de Beauvoir me era un ser querido, no podía imaginar que se desvanecería sin más. Unos días antes, todo parecía normal, sí, tenía que someterse a una pequeña intervención, algo rutinario...

Y ahora esa sala de espera en el crematorio del cementerio del Père Lachaise, pequeña, casi disimulada en un rincón de aquel edificio sombrío, donde cabemos a duras penas, y recuerdo sobre todo el silencio, nuestro aturdimiento común, la sorpresa, que nos petrificaba, por vivir ese momento. Y el ruido sordo, al otro lado de las paredes de la estancia, lejano y, sin embargo, tan próximo, de las llamas consumiendo su cuerpo envuelto en un sudario blanco; y aquella espera, en verdad larga, casi eterna, hasta que trajeron sus cenizas, en una urna gris, y marchamos al cementerio de Montparnasse, donde había querido reunirse, para la eternidad, con el hombre a quien siempre amó, Sartre, que la esperaba en su tumba. Y aún puedo ver cómo retiran aquella lápida y depositan la urna funeraria a su lado,

recordando, a quienes los conocimos, que así vivieron durante decenios, codo con codo.

Y recuerdo también la muchedumbre de mujeres y hombres, caras conocidas y desconocidas, las flores lanzadas a la tumba de nuevo cerrada, aquel largo cortejo que le rendía un último homenaje. No, no solo era el adiós a una celebridad, sino otra cosa: el reconocimiento de una deuda con una mujer que había convertido la defensa de la Mujer en una causa común.

Luego, mi mente se nubla, tal vez nos juntamos al otro lado del murete del cementerio, en algún apartamento. Y ya está, no recuerdo más, salvo lo más preciso, que Sylvie me había llamado por teléfono una tarde soleada de la primavera de 1986, para anunciarme con voz empañada, quebrada por la emoción: «El Castor ha muerto. Ha muerto, la operación benigna se ha complicado, ha sufrido una hemorragia, el corazón no ha aguantado, luego te llamo, luego te llamo». Y la voz de Sylvie se desvanecía. Todo había sido tan rápido.

\* \* \*

Le gustaba reír, comer, pasarlo bien. Qué agradable sentir en aquella mujer, ya mayor y fortalecida por una vida de creencia en sus ideas, tan habituada al éxito como a las decepciones, una alegría de vivir el momento tan intensa. Huelga decir que no era siempre el caso, en ocasiones, se la podía encontrar cansada. En nuestras reuniones semanales de los miércoles de *Les Temps Modernes*, fiel a sí misma, vestida con una elegancia discreta y cuidadosa, con su pañuelo anudado en la cabeza, escuchaba los comentarios de todos; sus ojos glaucos brillaban cuando alguna consideración inteligente captaba su atención, y su boca se fruncía en un mohín si juzgaba inapropiado algún apunte. Con su famosa voz cortante, casi aguda, muy parisina, abrupta, soltaba: «Bueno, voy a leer ese texto, es interesante, ¿verdad? Ya veré».



Aunque, en realidad, le gustaba contar historias terminadas las reuniones que siempre tenían un poco o mucho que decir sobre seres y cosas.

A propósito de André Gorz, de quien acababa de leerme *El traidor*, me comentó entusiasmada: «Interesantísimo, ¿verdad que sí? Un hombre complejo, muy inteligente, quizá sea la persona que mejor ha comprendido la filosofía sartriana; aunque eso sí... ¡era la mar de complicado! Se sentaba ahí, fíjese, en esa silla de ahí, pero siempre se colocaba como medio torcido, daba la impresión de que no quería ocupar toda la superficie, la usaba con parsimonia. Me divertía pensar, a sabiendas de su debilidad por Creso, que no quería gastar el asiento, sí, se sentaba siempre sobre media nalga, ¡como si temiese gastar la silla! Para hacerle rabiarse, le soltaba: "Póngase cómodo, Gorz". Y, entonces, ¡lo veía culebrear unos milímetros! Yo me reía para mis adentros, ¡me caía bien simpático!».

En otra ocasión, inspirada, contaba la anécdota de la Legión de Honor. La llaman del Ministerio de Igualdad, recién creado tras la victoria de la izquierda en 1981; y le dicen: «Al presidente Mitterrand le complacería entregarle la Legión de Honor por los grandes servicios que usted ha prestado a la causa de las mujeres. Sin usted y todas las que lucharon por sus derechos, hoy no tendríamos un Ministerio de Igualdad». Sorprendida, algo halagada, pero soberana, como si se desquitara de todos los poderes con los que siempre había guardado las distancias, responde: «Estoy muy emocionada por la propuesta; agradézcaselo de todo corazón al señor Mitterrand de mi parte, de verdad, me conmueve profundamente el detalle. Es solo que, verá usted, no puedo aceptar ese honor, esta condecoración hay que entregársela a la gente más joven que yo». Y, con sorna, añadió: «Es que me siento muy vieja para entrar en la Legión».

Había hecho voto de nunca esconder la verdad ni disimular sus opiniones sin pretender tener, por otra parte, la razón absoluta sobre los seres y las cosas... Lo menciono

varias veces a lo largo del libro, su relación consigo misma no cae en absoluto en el narcisismo, rasgo tan frecuente entre los malos escritores. Cuando se leen sus memorias, llama la atención y sorprenden sus propias dudas sobre los caracteres que esboza a pinceladas y sus vacilaciones a la hora de emitir juicios. Del mismo modo que el Rousseau de las *Confesiones*, había contraído una promesa de transparencia consigo misma, y eso aporta ese toque tan singular a sus recuerdos. Logra con éxito una operación literaria difícil: hablando de sí misma, ofrece un espejo al otro. En una larga entrevista que concedió a Madeleine Chapsal,<sup>[1]</sup> explica: «Decir cosas de una misma ayuda a los demás a comprenderse. Escribir sobre mí es, en este momento, lo que más me conviene para hablar a los demás de sí mismos».

Resultaría muy interesante, ahora que el río del tiempo ha limado las asperezas de la discordia, regresar, por ejemplo, a sus relaciones con Albert Camus. He aquí un asunto enojoso sobre el que circulan las peores habladurías, fruto de la imaginación incansable y a menudo pueril, o de la sólida maldad de quienes nunca albergaron simpatía por el Castor. Por lo visto, Beauvoir se la tenía tomada a Camus, según algunos chismosos, ¡por no haber sucumbido a sus encantos! Una versión de lo más ridícula. Uno se imagina al machote *pied-noir*, rebosante de talento, seductor empedernido, recién llegado de su Argel natal, que rehúsa con desprecio los ofrecimientos de la famosa *sartreuse*... Opinión insultante para ella como para Camus. Que si ella envidiaba su talento, añaden otros bienintencionados. ¡Como si tuviera menos! Ahora se prefiere concluir que, «tal y como la historia ha demostrado», Camus tenía sus razones contra ella y Sartre.

En realidad, resulta difícil hablar hoy del conflicto que opuso a estas tres mentes brillantes sin resituarse en la espesura existencial de la época. Se podría juzgar, a sabiendas de la tremenda complejidad de los retos, tanto ideológicos como de poder simbólico, que estaban en juego en el mundo intelectual de la década de 1950; en efecto, se

podrían juzgar con mayor mesura las ampollas que levantó la ruptura entre Camus y Sartre, apoyado por Simone de Beauvoir. Cada vez que tenía ocasión de sacar a Camus a colación, me intrigaba, por supuesto, su visión del hombre y de la obra. Ella hablaba poco, se limitaba a soltar algunas frases o comentarios jocosos. Le confié que admiraba al autor, al hombre que hacía arte con todo lo que pasaba por sus manos, aunque nunca me había gustado su mirada étnica de blanquito hacia sus compatriotas argelinos. Una mirada, comenté, más paradójica aún habida cuenta de que, conscientemente, no se podía acusar a Camus de racismo o desprecio hacia nadie en razón de sus orígenes. Otra demostración, una vez más, le dije, de que la significación de la obra poco tiene que ver con la ideología consciente del autor, que, a la postre, apenas importa para el punto de vista de la gran creación artística.

Aquella cuestión no le quitaba el sueño; Camus había sido importante para ellos, se habían alejado, como sucede tantas veces, y la historia seguiría su curso. Tenía, eso sí, expresiones que daban en el blanco: «Camus, un gran escritor, sobre todo por sus dos obras de arte, que son *El extranjero* y *La caída*». Y, después, añadía risueña: «También tenía un punto de maleante de Argel, un poco camorrero, ¡de bravuconcillo!».

No me lo imaginaba así hasta que leí un texto que, de hecho, el Castor no conocía, *El primer hombre*, el manuscrito que preparaba sobre su padre y sobre él justo antes de su accidente mortal, y que apareció en su maletín. A pesar de estar inacabada, es, sin duda, una de las obras más grandes de Camus, y prometía llegar más lejos que todas las escritas hasta la fecha. Aunque joven, necesitado y enfermo, sabía también comportarse como un «maleante» más del barrio pobre de Argel, donde el valor de un individuo se medía con más frecuencia por la fuerza de sus puños que por su cultura. El Castor lo había percibido enseñada, porque conocía a los hombres, y había adivinado en él a un gran creador y a un hombre verdadero.

Parca en palabras sobre sus contemporáneos durante los espléndidos años de su actividad creadora intelectual, entre 1940 y 1970, un día, comentando ese contraste tan habitual que opone la grandeza de la obra a la pequeñez humana del autor, le confié mi ambivalencia a la hora de juzgar a Aragon.[2] Una gran figura literaria del siglo, testigo y actor, con sus altos y bajos, sobre todo, sus golpes bajos. Le hablé del famoso capítulo de *Les communistes* suprimido para la reedición, después de la desestalinización, que me dio una idea más bien lamentable de la moral de Aragon, puesto que cuando se abrían bocas para denunciar las indecibles manipulaciones de la verdad durante la época de la glaciación estalinista, él, por su parte, aprovechaba para disimular o maquillar sus propias mentiras. Además, había traicionado a Pierre Daix y a Roger Garaudy[3] en pleno congreso del Partido Comunista, aunque había asegurado apoyar su crítica al estalinismo. Una sonrisa fugaz se dibuja en los labios del Castor, y, después, una *boutade*: «Ay, Aragon. No lo frecuentábamos mucho; todo *valía* para él». Sin embargo, clemente, agrega: «Poseía una genialidad verbal espléndida y verdadera. Siempre soñé con una conversación entre él y Malraux, otro gran hablador. Habría sido un festival de palabras...».

Un escritor que le gustaba por encima de todo era Michel Leiris, al menos, a juzgar por lo que me dijo. Un miércoles en que había llegado a la reunión de *Les Temps Modernes* con un cuarto de hora de antelación, como en ocasiones me pedía, comenté algo sobre la atribución del Premio Nobel a Claude Simon. «No consigo entrar en sus novelas, pero bueno, por qué no...», me dijo. Y, después, tras reflexionar, añadió: «Para mí, el mejor escritor francés con vida es Michel Leiris. Pero nunca se le reconocerá, va por libre».

Yo acababa de terminar *Vida y destino*, de Vasili Grossman, y le comuniqué mi entusiasmo; me pidió que le llevara el libro, y eso hice. La semana siguiente, me lo devolvió. «Gracias, he intentado entrar, pero hay demasiadas dimen-

siones, se me hace un poco cuesta arriba. Solo he leído la mitad», me dijo. De hecho, había perdido el gusto de las novelas-mundo, largas; prefería los textos cortos, impactantes. Cuando escribí una reseña de los relatos de W. Faulkner para *Les Temps Modernes*, mientras estábamos a solas, me confesó: «He leído su texto; le gusta Faulkner, como a nosotros nos gustó. Una lástima que no se mantuviese siempre a la altura de su talento.» Recordé entonces su comentario sobre el «final» de Faulkner en *La plenitud de la vida*: su incapacidad para posicionarse en favor de los negros, a diferencia de Nelson Algren o de otros escritores norteamericanos. Beauvoir se lo reprochaba, del mismo modo que a Camus sus tergiversaciones argelinas. Hay cosas por las que «no se puede pasar». Aquellos grandes autores, ya convertidos en clásicos, para Beauvoir aún eran contemporáneos, tan limitados como ella por su realidad existencial, y la historia, tarde o temprano, acabaría juzgándolos por sus errores o justificando sus aciertos. La historia es el gran tamiz del tiempo. Y todo lo demás cae en el olvido.

Detengo aquí esta evocación; podría hablar de Claude Lanzmann, de Jean Pouillon, o de Claire Etcherelli, sus amigos en *Les Temps Modernes*, con quienes compartí también momentos de amistad, alegría y hermosa complicidad intelectual.<sup>[4]</sup> Llegará el momento, espero, en que estos personajes reaparezcan, será más adelante, inevitablemente; ahora, solo quiero invitar a un viaje en compañía de Simone de Beauvoir, *Ella*, alias «el Castor». Su urna funeraria jamás borrará de mi memoria su sonrisa afable y el azul titilante de sus ojos vivaces.

## 2

### LA ENTRADA EN EL MUNDO

¿Qué pensar de una joven que a los catorce años declara a bocajarro a sus padres, católicos, conservadores, rigurosos en el tema de la Iglesia, estupefactos ante tamaña determinación: «He perdido la fe, ya no quiero ir a la iglesia»; a los quince, adquiere conciencia de su vocación literaria y de que se encuentra a disgusto en su familia y en la sociedad; a los veintidós, que no piensa casarse y que vivirá de manera «morganática», es decir, en concubinato; y que, además, nunca falta a su palabra?

Que es rara, singular, determinada. «Escandalosa», según los criterios bienhechores de entonces.

Esa mujer es Simone de Beauvoir, alias «el Castor». ¡Un apodo casual! Su condiscípulo René Maheu<sup>[5]</sup> la bautiza un día mientras preparaba con ella y Sartre la oposición a profesores de filosofía entre 1928 y 1929, al jugar con su apellido francés *Beauvoir* y la palabra inglesa *beaver*, que significa «castor». En un cuaderno de Simone, agrega afectuosamente: «Los castores van en grupo y tienen espíritu constructor». El apodo se le quedará de por vida, usado solo por sus amigos cercanos, una suerte de homenaje a su sociabilidad y dedicación al trabajo. Pues si hay una cualidad verdaderamente característica de Simone de Beauvoir es su compromiso con el trabajo regular, sistemático, perseverante, cotidiano, y bajo cualquier circunstancia.

Nacida en una familia burguesa de origen aristocrático bruscamente empobrecida por la impericia de un padre no

obstante culto y enamorado de las artes, y sometida, igual que su hermana menor Hélène, a la severidad implacable de una madre beata, la joven Simone estará tan marcada por su reacción contra ese autoritarismo religioso como por la decadencia social de la familia. No tardará en sacar de ella un *modus vivendi*: aprenderá a vivir libre y al margen, sin necesidades excesivas.

Se educa en un colegio privado religioso, casualmente llamado (¡para la futura teórica del feminismo!) Cours Désir (Deseo) y reservado a las niñas cuyos padres rechazaban la escuela laica de la República, donde pronto se convierte en la mejor alumna y conoce a Zaza, Elisabeth Lacoïn, la gran amiga de su juventud hasta su muerte temprana y cuyo recuerdo la acompañará hasta el final de sus días. Ingresa en la Sorbona a los diecisiete años, se forma al mismo tiempo en una licenciatura en letras clásicas, obtiene un certificado en matemáticas generales y una licenciatura en filosofía.

Desde el periodo del instituto hasta la universidad, Beauvoir consignó sus confesiones en su primer diario, que Sylvie Lebon de Beauvoir publicó en 2008 bajo el título de *Cahiers de jeunesse*.

De entre sus páginas surge una joven dotada de una frescura intelectual y una originalidad creadora extraordinarias. Leer ese texto hoy resulta más útil que cualquier análisis para comprender los futuros compromisos, en todos los ámbitos, de la gran escritora francesa.

Conoce a Sartre en 1929 mientras preparan la oposición a profesores de filosofía. Junto con algunos compañeros intelectualmente brillantes, como Paul Nizan, Maurice Merleau-Ponty, Raymond Aron y Claude Lévi-Strauss, se convierte en la interlocutora privilegiada de Sartre, sin lugar a dudas el más ilustre de esta pléyade llamada a dominar la cultura francesa del siglo XX. Con él firmará su pacto morgánico, en principio previsto, según ella, para dos años, ¡que terminará durando cincuenta y dos!

Obtiene la segunda plaza en la oposición (después de Sartre), ingresa en el profesorado y trabaja destinada en va-